

Como queriendo buscar

“Te busco, aunque no sé si quiero encontrarte”- dijo él.

“Quiero encontrarte, pero no sé si puedo buscarte”- dijo ella.

Por eso, no fue extraño que ambos unieran sus labios antes que sus manos. Por eso no fue insólito que no hubiera palabras, que sólo hubiera miradas.

Miradas y luego besos. Besos que se unían a besos.. Pequeños, superficiales y coquetos primero. Profundos, mojados y completos después.

Ella tocó suavemente su cuello. El, en cambio, decidió quedarse en su cadera y en su todavía cubierta espalda.

Creo que una y otro pensaban y, tal vez, hasta dudaban. Pero ambos, pensamientos y dudas, se fueron tras los primeros besos tal vez con los segundos. Se fueron.

-¿Estás segura?- dijo él, sin poder impedir que las rodillas le temblaran.

-Lo estoy – señaló ella, sin poder impedir que el tembleque le contagiara.

Tras la respuesta se dieron un nuevo y profundo beso. Esta vez, creo, más sabroso y húmedo.

Tal vez fue sólo una sugestión. De esas que nacen de la tranquilidad. No había relojes ni obligaciones.

Con caricias y besos llegaron los calores. El no se lo podía creer. Ella tampoco.

Quiso él quedarse con sus manos, las de ella. Un enorme anillo brotaba de uno de sus dedos. A Juan no le gustaban los anillos pero él sólo veía una suave mano que tocaba la suya. Hay quien a eso le llama amor ciego. Sea como sea el anillo acabó reposando en la mesilla, junto a una feísima rana naranja que parecía mirarles con envidia

Ella estaba ya desnuda, él casi.

-¿Puedo?- preguntó él con mil *sentires*.

-Puedes- contestó ella, sin saber exactamente a que había dado permiso.

Los labios de él fueron bajando por el desnudo cuerpo de ella. Poco a poco, poco a nada. A veces, también poco a poco, subía. Era como si hubiera dejado algún rincón por besar, algún rincón por saborear. No sabemos hasta donde bajó, tan sólo dónde acabó posando sus labios, dónde acabó hundiendo sus lengua y su boca.

El, entonces, se centró en tres de sus sentidos: en el oído para intentar adivinar lo que gustaba, en el tacto para no darlo por perdido y, por supuesto, en el gusto. De este último nada les explico.

Ella le llamó con sus manos y él, cómo no, subió. Subió a cachitos, sin prisa. Pero subió.

Se abrazaron con cuerpos, brazos, piernas y miradas. Creo que no hicieron más. Aunque, en verdad, tampoco sé...si hicieron menos.

Sea como sea fue rico, muy rico.